

Juan Carlos Losada

ESPAÑA CONTRA EL IMPERIO OTOMANO

La lucha por el control del Mediterráneo
desde el siglo XVI al XVIII

la esfera  de los libros

Índice

<i>Introducción</i>	11
---------------------------	----

PRIMERA PARTE EL MARCO ESTRATÉGICO DE LA LUCHA EN EL MEDITERRÁNEO

1. LOS OTOMANOS ENTRAN EN LA HISTORIA	21
2. ARMAS, EJÉRCITOS, NAVÍOS Y ESTRATEGIAS	31

SEGUNDA PARTE LA PUGNA POR EL MEDITERRÁNEO

3. LAS PRIMERAS CAMPAÑAS: LOS REYES CATÓLICOS	49
4. LAS CAMPAÑAS NORTEAFRICANAS DE CARLOS V	73
5. EL PELIGRO SE AGUDIZA	91
6. LA GLORIOSA JORNADA DE TÚNEZ (1535)	105
7. EL DESASTRE DE ARGEL (1541)	123

TERCERA PARTE FELIPE II: DEL GRAN CHOQUE A LA COEXISTENCIA

8. EL HOLOCAUSTO DE CIUTADELLA (1558)	143
9. LA NUEVA ARMADA	157

10. LA DEFENSA DE MALTA (1565)	169
11. EL FRENTE INTERIOR: LA SUBLEVACIÓN DE LAS ALPUJARRAS (1568-1570)	185
12. LEPANTO (1571)	193
13. EL MEDITERRÁNEO TRAS LEPANTO. TÚNEZ (1573-1574)	227
14. LAS TREGUAS CON LOS OTOMANOS	237

CUARTA PARTE

LAS GUERRAS CONTRA LOS TURCO-BERBERISCOS EN EL SIGLO XVII

15. EL MEDITERRÁNEO QUEDA EN SEGUNDO PLANO	255
16. LA EXPULSIÓN DE LOS MORISCOS Y LA PIRATERÍA. LA REPÚBLICA DE SALÉ	269
17. LA GUERRA EN EL MEDITERRÁNEO CONTRA LOS PIRATAS EN EL SIGLO XVII	281

QUINTA PARTE

EL SIGLO XVIII: ENTRE LA NOSTALGIA Y LA RAZÓN

18. LOS CAMBIOS EN LAS FORMAS DE LA GUERRA EN EL SIGLO DE LAS LUCES	307
19. ESPAÑA Y EL NORTE DE ÁFRICA	317
20. LAS ÚLTIMAS EMPRESAS ESPAÑOLAS CONTRA LOS BERBERISCOS	335
<i>Epílogo. La piratería del siglo XIX</i>	371
<i>Bibliografía</i>	377

Introducción

La cristiandad llevaba en guerra contra el islam desde hacía siglos. Era el enemigo por antonomasia y el recuerdo de las cruzadas y el sentimiento de desgarró por ver en manos infieles los Santos Lugares, seguía presente en toda Europa. Por si fuera poco, en 1453, el naciente y poderoso Imperio otomano había aniquilado al Imperio bizantino, heredero de Roma, ocupando la legendaria Constantinopla, que nunca más sería cristiana. Además, irrumpiendo en los Balcanes los otomanos ascendieron por Europa llegando a las puertas de Viena, por lo que la amenaza de los musulmanes invasores estaba cada vez más presente en la mentalidad europea al inicio de la Edad Moderna.

En la España de los inicios del siglo xvi esta impresión de amenaza era aún mayor. Granada se había conquistado muy recientemente, en 1492, entre grandes fiestas de la cristiandad, pues para ella era una especie de compensación por la terrible pérdida de Constantinopla poco antes a manos de los turcos. Las duras guerras contra el último reino musulmán de España apenas habían acabado hacía solo una década y aún se daban rescoldos de resistencia en la misma ciudad andaluza y en las zonas más escabrosas de las sierras cercanas. España comenzaba entonces su consolidación como estado moderno y este empeño pasaba por la uniformización ideológica. Esto suponía, sobre todo, eliminar toda disidencia religiosa que, por entonces, incluía acabar con la presencia de judíos y musulmanes. Los Reyes Católicos, a través del cardenal Francisco Jiménez de Cisneros, pusieron especial empeño en este tema, a pesar de que suponía una violación de las capitulaciones firmadas con el último monarca del reino musulmán de Granada, el rey Boabdil. La construcción del estado absoluto de las

monarquías modernas pasaba, ineludiblemente, por construir una fe religiosa única y militante que apoyasen a la monarquía a cambio de que esta hiciese lo mismo con la religión única. No eran tiempos de tolerancias ni de aceptación de disidencias, sino de firmes ortodoxias e intransigencias.

Este fue un proceso y un objetivo compartido por la monarquía y la Iglesia que se extendió hasta el mismo siglo xvii y que, a su vez, se entrelazó con las guerras contra los turcos y sus súbditos berberiscos en el Mediterráneo; dos dinámicas (consolidación como estado y guerras) que se alimentaron mutuamente. Ambos fenómenos, estado de conflicto bélico permanente con los turcos y uniformidad religiosa forzada en España, estarían indudablemente relacionados. Sin duda, la identidad del reino de España que se estaba comenzando a cimentar pasaba, ante todo, por conseguir que todos los vasallos de la corona no solo fuesen obedientes al poder, sino también unos fervientes cristianos ciegamente sumisos a la Iglesia. Recordemos que la religión era entonces el principal soporte de los estados, el principal factor de movilización y motivación de la población, y, además, aparte de la fervorosa adscripción a Roma, la identidad española que se estaba construyendo en esos momentos pasaba por una feroz lucha contra el mundo musulmán, ese enemigo exterior que daría rasgos de identidad propia y diferenciación, de las construcciones nacionales de Portugal o Francia, por ejemplo y, por supuesto, aún más de los más lejanos reinos del norte de Europa.

Pero esta absoluta intolerancia y fanatismo a los ojos actuales no fue una situación únicamente española. Procesos similares de uniformización, de creación de «unanimismo» religioso, social y cultural, se iban a acometer en los distintos reinos europeos, pues se contemplaban como algo imprescindible en el tránsito del mundo feudal al de las monarquías absolutas. Todos esos estados precisaban súbditos totalmente sumisos al poder político y religioso, que eran las dos patas de este poder. Con ello comenzaban los periodos de intolerancia más fanática ante toda diversidad o disidencia, fuese política, cultural o religiosa, que se extendería, no ya por España, sino por toda Europa durante los siguientes dos siglos y que tendría consecuencias sangrien-

tas, como las persecuciones religiosas, prisión, ejecución y castigos a centenares de miles de personas acusadas de herejía, disidencia política, brujería, etcétera. También se trasladó al plano de la política internacional, con las guerras de Flandes, las de Carlos V contra los protestantes alemanes, las guerras civiles en Inglaterra y Francia o la aún más terrible guerra de los Treinta Años, en la que la religión jugó un papel decisivo como factor aglutinante. Recordemos que el XVI y el XVII fueron siglos muy sangrientos en Europa, en donde las guerras entre los estados modernos en construcción se mezclaron con las matanzas por cuestiones religiosas contra católicos, judíos y protestantes en sus diversas tendencias.

Pero, si bien es cierto que la lucha contra el turco y contra el islam tuvo una gran importancia para la consolidación de la identidad política e ideológica en España, también lo tuvo, en sentido inverso, para el mundo islámico y, en concreto, para la Sublime Puerta. No en vano, los piratas que hoy denostamos desde la historiografía española por sus acciones criminales de muerte y saqueo son venerados en la actual Turquía como héroes nacionales. Piratas asesinos para nosotros y héroes para ellos y viceversa, obviamente. Por supuesto, en el norte de África también se instaló un fuerte ánimo de revancha tras la toma de Granada, pues de sus costas partieron miles de desterrados, expulsados por los vencedores cristianos. Recordemos que pocas cosas aglutinan más a una sociedad, sea la que sea, que la lucha feroz contra un enemigo extranjero amenazador, y aún más si este profesa una religión distinta, pues esta diferencia es la que permite enfervorizar a las masas combatientes, prometiéndoles recompensas espirituales que añadir a las meramente materiales que se obtienen del inmediato fruto del botín de guerra o de la captura de esclavos. Riqueza y paraíso son la combinación perfecta para motivar a la población a la guerra.

Esta mutua y abierta hostilidad entre islam y cristiandad en España, expresada de modo acentuado en las guerras de Granada de fines del siglo XV, tuvo una casi inmediata continuidad en los enfrentamientos bélicos que rápidamente estallaron entre España y el Imperio otomano y sus vasallos (los berberiscos) y que se prolongaron hasta finales del siglo XVIII. En el siglo XVI dos expansionismos, el español y el

turco, iban a chocar en un terreno sobre el que se disputarían el control y que no era otro que el Mediterráneo y sus costas. No tuvo solamente una vertiente de aspirar a un dominio territorial y marítimo, de conquistar militarmente, sino que el factor económico, como el de saqueo de riquezas y esclavos por parte de los berberiscos y turcos (y de impedirlo por parte española), así como el control de las rutas comerciales, también fue, como veremos, muy importante. Su inicio lo podemos situar en los albores del siglo, periodo álgido de ambos expansionismos, pero tuvo una continuidad en los siglos xvii y xviii, aunque con intensidad decreciente, pues en estas centurias ya no se puede hablar de expansionismo, sino de lucha por la conservación de los respectivos ámbitos de influencia y actividad. A principios del xix acabaron los últimos rescoldos del enfrentamiento contra los berberiscos de modo ya definitivo.

Sin las guerras contra los turcos, que representaban el brazo más potente del islam en la Edad Moderna, ni España, ni Europa, ni Turquía serían lo que hoy son. No solo desde el punto de vista militar y político, sino también desde el cultural. Porque, aparte de las guerras y conflictos, también hubo periodos de paz, de embajadas, de conversaciones, de intercambios comerciales y de transmisión cultural que discurrieron en ambas direcciones. El Mediterráneo y sus costas fueron campos de batalla y frontera. Pero en toda frontera hay, incluso en los peores momentos, comercio, intercambio cultural, mutuas influencias, personajes novelescos que cambiaban de bando, aventureros, espías, renegados, desertores, pícaros, delincuentes y supervivientes de todo tipo, esos «hombres de frontera» que han inspirado y nutrido la literatura, pero que fueron reales y trataron de medrar en ese mundo complejo y hostil. En el xviii, por ejemplo, en un siglo en donde la paz y el equilibrio de fuerzas fue más constante, las costumbres otomanas se extendieron por Europa: desde la arquitectura, la música, el gusto por el café, los jardines y las flores (concretamente los tulipanes), a la literatura, las vestimentas, etcétera, suavizándose en algo el justificado odio hacia los turcos, que habían frenado sus conquistas en Europa. Pero esta cierta indulgencia no se extendió hacia los piratas berberiscos, ya que siguieron actuando criminalmente al gozar de una amplia

autonomía respecto a Constantinopla, por lo que siguieron dejando un profundo odio, temor y huella cultural en todas las costas mediterráneas. Hoy en día, por ejemplo, en muchas localidades de la Comunidad Valenciana y las Baleares se celebran las fiestas de moros y cristianos, que recuerdan no las batallas entre los reinos cristianos y los musulmanes de la Edad Media, sino las frecuentes correrías e incursiones de los piratas turcos y berberiscos que asolaban con terrible frecuencia sus tierras y que obligaban a las autoridades locales y a los vecinos a defenderse con lo poco que tenían a mano.

Ciertamente, décadas después de acabar con la amenaza turco-berberisca, el resurgimiento de los conflictos de España con el Marruecos de la segunda mitad del siglo XIX y de principios del XX, supone una cierta línea de continuidad en la animosidad entre el mundo musulmán y el cristiano, aunque con causas y métodos bien distintos, por lo que ya no son competencia de este libro.

A lo largo de las siguientes páginas vamos a recorrer someramente, de modo cronológico, los enfrentamientos entre nuestro país y el Imperio otomano, incluyendo sus teóricos súbditos berberiscos, desde los inicios del siglo XVI, cuando España se conformó como estado moderno, hasta el siglo XVIII. Fueron contiendas de diversa entidad, que iban desde grandes batallas a choques pequeños pero constantes, de terrible desgaste económico y humano. Ciertamente, ninguna batalla, choque o enfrentamiento por sí solo fue determinante para cambiar o alterar el curso de la historia. Pero sí que ese reguero de enfrentamientos, que costó millones de vidas, esclavos, heridos, torturados, apresados... frenó el expansionismo otomano que, sin el protagonismo de España, sin duda habría alcanzado fronteras más lejanas. En su conjunto, la acción de España fue determinante para salvar al Mediterráneo occidental de una más que posible invasión en toda regla por parte de los turcos, una de las grandes potencias de la época. Sin esas contiendas que llevaron a frenar el expansionismo otomano, posiblemente la Europa actual sería bastante distinta a la que es hoy en día. Pero también, la existencia y consolidación del poderoso imperio de los turcos imposibilitó el sueño cristiano de recuperar Constantinopla y, no digamos, los Santos Lugares.

Veremos que el diseño de esas guerras fue, generalmente, erróneo por lo ambicioso y desmesurado, contribuyendo a la ruina económica y demográfica de la monarquía hispánica. Desde nuestra visión actual es fácil decir que lo más sensato hubiese sido centrarse en una estrategia defensiva: en fortificar las costas de la Monarquía, las españolas y las italianas, y desarrollar una fuerza naval competente y numerosa que desbaratase las agresiones sobre nuestras costas y asegurase el comercio. Hubiera sido mejor renunciar a la lucha por el control del norte de África que, finalmente, se reveló como una empresa imposible. Este fue un análisis que acabó asumiendo finalmente la corona española. Pero a toro pasado todo el mundo es profeta y la España y la Europa de aquellos siglos eran muy diferentes tanto en lo político, como en lo económico y lo ideológico.

Esta obra, aunque tiene el título general de guerra contra los otomanos, también versa, como hemos dicho, sobre la guerra contra los piratas berberiscos que, aunque no fuesen turcos, sino una mezcla de árabes, bereberes, exiliados y renegados cristianos, etcétera, actuaban teóricamente bajo su autoridad, amparo y beneplácito, llegando a estar profundamente representados en la corte de Constantinopla. Otomanos y berberiscos eran las dos caras de la misma moneda, aunque a partir del siglo XVII, sobre todo, tuvieron características distintas. A partir de ese momento, los berberiscos harán su guerra de pirateo y asaltos al margen de la política oficial otomana y con métodos muy distintos, pues nunca mantuvieron una guerra convencional y jamás se sintieron vinculados a las treguas o tratados de paz que pudiese acordar el sultán de Constantinopla. Porque los berberiscos, a diferencia de sus aliados y protectores otomanos, nunca tuvieron una estrategia coherente de expansión o de conquista. Fueron, en parte, como los actuales yihadistas, mezcla de comerciantes, bandidos, guerrilleros y terroristas, y se limitaron a atacar miles de puntos de la geografía española e italiana, en una guerra interminable de desgaste criminal que suponía saqueo, asesinato, destrucción de bienes, secuestro de esclavos, petición de rescates, etcétera. Su único objetivo era la obtención de botín en rápidas acciones de asalto por sorpresa que, a su vez, también requerían de una presta retirada. Esos piratas y corsarios fueron claros representantes

y protagonistas de lo que hoy se conoce como *guerras asimétricas*. No se regían por ningún código de reglas militares, convención o código de honor. Fueron los actores de una guerra irregular, enjambre inacabable de tábanos que se enfrentaron a las tropas de España, una lacra que fue imposible de erradicar definitivamente hasta los mismos inicios del siglo XIX, cuando Francia y otras potencias occidentales atacaron y controlaron las costas libias, tunecinas y argelinas.

Advertencia y objetivo final de esta obra

Una última advertencia al lector. Esta obra, que cubre más de tres siglos de guerras y conflictos, tiene, obviamente, una vocación de repaso general, de carácter divulgativo y (lo deseamos) ameno, aunque siempre dentro del rigor y la mayor exactitud de datos, a pesar de lo confusas y limitadas que son las fuentes en muchos episodios. Ciertamente, para el que desee profundizar en ellos existen obras excelentes de autores expertos, mucho más especializadas y exhaustivas sobre cualquiera de los periodos y episodios concretos que aquí tratamos de un modo más general. De estas obras hacemos una somera referencia en la bibliografía, que servirá de ayuda a los que aspiren a adentrarse más en los hechos aquí narrados. Pero no reseñamos los cientos de artículos consultados por el mismo motivo de agilidad. Igualmente, y en aras de lo mismo, hemos renunciado a incluir notas a pie de página que, a nuestro entender, darían un tono excesivamente erudito y farragoso a la obra.

Por último, si se me permite, unas palabras sobre el sentido de este libro. La historia, a nuestro juicio, ha de descubrir al lector el pasado, nuestro pasado, y hacerle consciente de que somos hijos de los hombres y mujeres que lo han forjado, con sus sentimientos de bondad y solidaridad, pero también con sus enormes crueldades, porque somos descendientes tanto de víctimas como de verdugos. Y ha de aspirar a hacerlo de modo atractivo, seductor, divertido incluso. Y lograr que el que lea historia sienta, aparte de un interés por bucear en nuestros orígenes, una enorme compasión por todos los millones de seres desgraciados que han visto sus vidas truncadas por la injusticia y la violencia más gratuita.

No nos sirve la historia por la historia, para eruditos que solo se recrean en las cifras, los datos, las gráficas, los archivos o la mera ensoñación estética de una época. Sin el factor humano todo ello es un artificio gratuito, cuando no una ofensa a los millones y millones de inocentes, seres indefensos, que han sido asesinados en el pasado o que murieron víctimas del hambre y las enfermedades. Tampoco nos sirve una historia que se centre en presuntos hechos heroicos o exaltaciones patrióticas, nacionalistas o religiosas y que no hacen más que enmascarar los motivos materiales, casi siempre sucios y egoístas, que están detrás de todas las guerras. Por eso, llamo la atención al lector que, tras esta historia de guerras entre turcos y españoles, entre musulmanes y cristianos, de asaltos piratas y corsarios, nunca pierda de vista que detrás de los famosos generales, de los capitanes y almirantes, de los reyes y caudillos, de los altos prelados y juristas, de ministros y de nobles famosos, existieron millones de víctimas anónimas de la violencia, casi todos inocentes, a las que hemos de compadecer y tratar de comprender. Gentes sencillas que solo aspiraban a trabajar y a vivir lo mejor posible y que se vieron asesinados, secuestrados, convertidos en esclavos o arrastrados como simples soldados a unas guerras en donde fueron carne de cañón, y que fueron vencedores o vencidos por el simple azar de estar en un lugar, en un momento y en unas circunstancias totalmente ajenas a su voluntad. Si no se contempla esta visión humana, mejor no comenzar a leer. Porque, recordemos, estamos hablando de antepasados nuestros que, aunque casi todos analfabetos y anónimos, tenían nombres y apellidos, y marcaron con su devenir nuestra existencia presente.

La historia es humana o no es. O conmueve, entre otras cosas, o mejor tirarla a la papelera de la inutilidad o de los concursos televisivos. O sirve para hacernos mejores como personas, menos irracionales y fanáticos, menos animales, o es absurda. Ojalá que asomarnos a la historia, a cualquier episodio de nuestro pasado, nos despierte un ápice de solidaridad con sus perdedores de entonces y, en consecuencia, con los del presente. Este es nuestro humilde objetivo.

Barcelona, diciembre de 2020

PRIMERA PARTE
EL MARCO ESTRATÉGICO
DE LA LUCHA EN EL
MEDITERRÁNEO

LOS OTOMANOS ENTRAN EN LA HISTORIA

Era inevitable que estallase el conflicto, no ya por antagonismos religiosos, sino por el choque de dos políticas expansionistas, las de España y el Imperio otomano, que aspiraban a controlar el Mediterráneo desde sus extremos occidental y oriental. La primera había heredado la política expansionista que Aragón había comenzado a desarrollar desde el siglo XIII. Recordemos que este reino, en el momento en el que estaba más implicado en la penetración hacia el norte de los Pirineos, tuvo que reorientarse hacia otros horizontes tras la grave derrota que sufrió en Muret (1213) a manos del reino de Francia. Aragón llegó tarde a la lucha contra los musulmanes hispanos, y no pudo competir en rapidez y eficacia con Castilla en su lucha, por lo que su avance en aquella dirección se cerró a principios del siglo XIV. En consecuencia, no le quedó más opción que lanzarse hacia el Este. Jaime I había conquistado Mallorca, pero fue en el siglo XIV cuando al poder naval se le sumó una política de alianzas matrimoniales y pactos con el papado, que le permitió primero la conquista de Cerdeña y, en el siglo XV de Sicilia, Nápoles y, por unas décadas, de Córcega. Incluso, como es sabido, fruto de sus correrías, los mercenarios almogávares sometieron nominalmente a la corona de Aragón algunas zonas griegas (ducados de Atenas y Neopatria) durante buena parte del siglo XIV. Con Fernando el Católico esta política no se alteró y su reinado aspiraba a mantener, consolidar e incrementar en lo posible el dominio en el Mediterráneo occidental. Italia, débil y fragmentada políticamente, quedaba en medio de las dos potencias que emergían en cada extremo del mar, aunque por el momento iba a ser objeto de disputa entre Francia y España.

A la política expansionista de Aragón se sumó la guerra de Granada, librada, fundamentalmente, por la Castilla de Isabel la Católica. En 1492, no había en España, por fin, ningún reino musulmán y el espíritu de cruzada había visto culminado su objetivo. Pero la voluntad de la reina y de buena parte de los principales prelados de la Iglesia, como el cardenal Cisneros, y de la mayoría de la nobleza castellana, era la de extender la frontera más allá del estrecho de Gibraltar, tanto por cuestiones de seguridad creando un colchón territorial protector, como para asegurar el comercio y las costas de las crecientes amenazas de la piratería berberisca, que ya existía desde hacía tiempo, y ahora se había visto considerablemente reforzada por exiliados y huidos granadinos. De esta manera, las aspiraciones de la Iglesia y de Isabel y Fernando confluyeron, comenzándose una campaña para ocupar enclaves de la costa africana y reforzarlos con fortalezas, o presidios. Tanto los monarcas como la Iglesia y la nobleza estaban interesados en mantener una política expansionista.

La costa del norte de África estaba, en un principio, controlada por pequeños reinos más o menos estructurados a los que España aspiraba a dominar mediante el establecimiento de pactos de colaboración, alianzas o lazos de vasallaje. A causa de la diferencia de fuerzas, algunos no eran objetivos difíciles desde el punto de vista político y militar, siempre que los españoles no pretendiesen convertir los enclaves dominados en cabezas de puente para luego avanzar al interior, empresas que casi siempre se saldaban con sonoros fracasos. Porque una cosa era ocupar un enclave costero y someter a vasallaje a un territorio, y otra muy distinta caer en la tentación de lanzarse en misiones de conquista hacia el interior de África, casi desconocida por entonces. Las dificultades eran muchas: el clima, el desconocimiento del medio, el desprecio del enemigo... y, sobre todo, el gran problema de mantener los suministros de víveres, hombres y recursos, que, generalmente, y salvo que hubiera buenas relaciones con las autoridades locales, debían enviarse desde España o Italia con grandes gastos. Todo ello requería un estado permanente de alerta, pues los gobernantes nativos que habían pactado con España siempre corrían el riesgo de ser depuestos por fracciones rivales, con el pretexto de que estaban al servicio de los cristianos.

Así pues, la política expansionista de España tuvo un primer objetivo ofensivo de ansias colonizadoras y explotadoras, pero, sobre todo, de control de toda la costa norteafricana para hacer del Mediterráneo occidental un espacio español. Pero en el fondo, y de modo aún más prioritario, tuvo una meta defensiva, pues con estas conquistas se quería impedir que los piratas musulmanes lanzasen desde sus costas incursiones contra el litoral español. Fueron los piratas berberiscos, los musulmanes instalados en el norte de África, el primer enemigo islámico al que se enfrentó España tras la conquista de Granada. Pocos años más tarde se incorporaría un enemigo mucho más poderoso, estructurado y sometido a una autoridad central, un verdadero oponente capaz de movilizar un ejército de cientos de miles de hombres y una más potente y numerosa armada: el Imperio otomano. Este puso rápidamente a las ciudades berberiscas bajo su control y las incorporó activamente a su estrategia de guerra contra la cristiandad, con resultados letales para España e Italia.

Un choque inevitable

Pero ¿de dónde había surgido el Imperio otomano, la llamada Sublime Puerta? Los otomanos eran una de las muchas tribus turcas que habitaban las fronteras de Asia Menor durante el siglo XIII y que hostigaban al Imperio bizantino al ser empujados, a su vez, por otras tribus de su misma etnia. En 1281, subió al poder Osmán I, u Otmán (de ahí el nombre de otomanos), que es considerado el fundador de la dinastía osmanlí. Osmán venció al poderoso clan de los seljúcidas y unificó a todas las tribus turcas bajo su cetro en 1299. A su muerte en 1326 le sucedió su hijo Orhán I, que expandió sus dominios cruzando Europa, se asentó firmemente en la región griega de Tracia y obtuvo el control del estrecho de los Dardanelos, aislando por tierra la ciudad de Constantinopla, capital del Imperio bizantino. Aparte de sus conquistas se le recuerda por ser el organizador del imperio: lo dividió en tres provincias, creó un cuerpo de funcionarios y administradores que habían de ser eficientes y honrados, bajo amenaza de pena de muerte, y organizó

un eficaz ejército, cuyo núcleo lo constituyeron los jenízaros, y que fue la base de las posteriores conquistas del Imperio. En su expansión por Asia Menor, Orhán convirtió a la ciudad de Bursa en capital provisional. Allí erigió un palacio cuya puerta principal se conocía como la Puerta Alta, o la Sublime Puerta, denominación con la que a partir entonces se conocería en todo el mundo al Imperio otomano.

Los bizantinos trataron de comprar su amistad casándole con la hija del emperador Juan VI, pero esto no impidió que siguiese expandiéndose por Anatolia y por los Balcanes, donde la conquista era particularmente fácil debido a la fragmentación de poder. Bizancio ostentaba en esta región un escaso control, las divisiones étnicas existentes en la zona —incluyendo diversa presencia de etnias turcas— eran muy importantes, existía malestar entre los campesinos ante la excesiva presión fiscal bizantina, y las fuertes tensiones religiosas existentes entre católicos, ortodoxos y los herejes bogomilos, que hacían que muchos prefirieran dominación islámica, más tolerante, a la intransigencia cristiana. Ello supuso una conversión masiva en amplias zonas de los Balcanes, que pasaron a formar parte del nuevo pueblo conquistador. De esta manera, Orhán, sin llegar a tomar Constantinopla, se convirtió en amo de la situación, poniendo sus tropas a cambio de oro al servicio de los distintos candidatos que aspiraban a ocupar el trono bizantino, que cada vez controlaba un territorio más exiguo

Su hijo Murad I ascendió en 1359. En 1365 venció a la coalición que el papa Urbano V formó junto a Hungría, Valaquia, Bosnia y Serbia; adoptó el título de sultán y, tras vencer a Bizancio en la batalla de Maritza en 1371, arrebatándole Tracia y gran parte de Grecia, le impuso un tributo anual de 30.000 monedas de oro. Su expansión por los territorios europeos fue de tal dimensión que trasladó la capital de Brussa a la ciudad griega de Adrianópolis. Con la ayuda de mercenarios cristianos siguió avanzando por los Balcanes, derrotó al zar búlgaro Miguel y al rey bosnio Esteban en 1388 y, al año siguiente, al rey serbio Lázaros en la célebre batalla de Kosovo, librada en el llamado «Campo de los Mirlos», aunque perdió en ella la vida. Estas conquistas arrebataron la independencia a estos pueblos por siglos. A la muerte de Murad I los dominios turcos abarcaban desde el Éufrates hasta el Danubio.

Su sucesor Bayaceto I continuó la expansión conquistando completamente Serbia, Valaquia y Atenas. Batió a una cruzada formada por Segismundo de Hungría y el príncipe Juan de Borgoña, causándoles una terrible derrota en Nicópolis, a orillas del Danubio, en 1396, tras la cual fueron ejecutados miles de cruzados. Tras poner y deponer a su capricho a diferentes emperadores bizantinos, estaba decidido a iniciar el bloqueo definitivo de Constantinopla, cuando los ataques de Tamerlán le hicieron regresar a Anatolia. Allí, cerca de Angora (1402), la infantería jenízara fue derrotada por vez primera, y el mismo Bayaceto fue hecho prisionero por los mongoles y murió poco después.

Su debilitado imperio quedó provisionalmente sumido en guerras civiles entre sus cuatro hijos que se disputaban el poder, y muchos de los territorios europeos ocupados recuperaron provisionalmente la independencia. En 1413 y con la ayuda de los bizantinos, uno de ellos, Mehmed I, se hizo con el control de la situación y sacó, parcialmente al imperio de la crisis. Para ello no dudó en ahogar en sangre una insurrección de los monjes islámicos *deviches* y de aplastar los intentos de sus parientes por apartarle del poder. Bizancio respiró un poco y Venecia pudo recuperar algo de terreno perdido mientras se solventaban las luchas fratricidas.

Murad II, su hijo, reinó a partir de 1421, y prosiguió la reconstrucción política hasta que pudo continuar las conquistas. Recompuso el poder en Macedonia, Albania y Grecia y se dirigió hacia el norte. Inicialmente fue detenido a las puertas de Belgrado por los húngaros, que veían con pavor a los turcos cada vez más cerca. En un principio, Juan Hunyadi, regente de Hungría, contuvo a Murat II, pero este, en 1444 y en 1448, deshizo definitivamente la resistencia húngara, acabando con la vida del rey Vladislao I de Hungría. Nada impedía ya el avance otomano, aunque antes se había de solucionar un pequeño problema dejado atrás.

En 1451 Mehmed II, séptimo sultán y apodado el Conquistador, heredó la corona y decidió que Constantinopla tenía que ser, como prometía el Corán, tomada de una vez por todas. Era un hombre conocido por su determinación y crueldad (se dice que admiraba a Vlad el Empalador por sus drásticos métodos), pero, al mismo tiempo, ama-

ba las rosas y la poesía. Sabiendo que las condiciones le eran propicias, se propuso conquistar la gran capital y dar un golpe decisivo a la cristiandad. En 1453, 80.000 hombres fanatizados por santones *derviches* cercaron la ciudad. Constantinopla contaba con menos de 9.000 defensores y su población total no llegaba a 50.000 almas, pero sus magníficas murallas seguían siendo un problema, y en dos ocasiones precedentes las fuerzas otomanas ya habían fracasado. Pero ahora una nueva arma iba a entrar en acción: la artillería. Renegados húngaros y alemanes fabricaron enormes piezas de gran calibre, y para solucionar el problema del peso de los cañones, se armaron allí mismo, al pie de las murallas, en el mismo lugar desde donde habían de disparar enormes balas de piedra, de más de 400 kilos, que debían abrir grietas en las murallas. Simultáneamente, los otomanos transportaron por tierra 70 barcos de guerra, deslizándolos sobre planchas impregnadas de grasa de buey, hasta el fondo del estuario, el llamado Cuerno de Oro, que limitaba al norte de la ciudad. La ciudad quedaba así atacada por todos lados. Tras cincuenta días de asedio, se abrió brecha en la puerta de San Romano, aunque al parecer cincuenta combatientes otomanos que se habían infiltrado en las murallas mal defendidas contribuyeron a allanar el camino a los sitiadores. De esta manera Constantinopla se convirtió en Estambul.

Tras la toma de la ciudad Mehmed se dedicó a acabar con los últimos reductos de resistencia en Europa. Se enfrentó a Juan Hunyadi que aún resistía en Belgrado; en 1459 ahogó la última insurrección serbia; en 1461 venció y destronó al rey de Valaquia, Vlad el Empalador, que ha pasado a la historia gracias al personaje de Drácula, creado por Bram Stoker. En 1463 conquistó Bosnia matando a su rey, y en 1468 aplastó la rebelión de Jorge Castriota, conocido como Skanderberg, el legendario héroe albanés. Seguidamente ocupó la costa adriática expulsando a los venecianos, dominó Crimea, a cuyo jefe tártaro sometido envió como gobernador a Albania, y expulsó a los genoveses del Mar Negro. Por el norte, solo la angustiada Hungría del rey Matías Corvino y Transilvania resistieron momentáneamente. En el mar la suerte también sonreía a los turcos. Buena parte de las islas del Egeo cayeron en sus manos y, para que Venecia pudiese conservar algunos enclaves estraté-

gicos y sus privilegios comerciales, tuvo que pagar un tributo anual de 10.000 ducados. Solo la isla de Rodas, en manos de los caballeros de San Juan, los hospitalarios, resistió el asalto. La capacidad de expansión de Mehmed II parecía no tener límites y en 1480 los turcos tomaron la ciudad de Otranto, en el tacón de Italia, exterminando a todos sus habitantes y sumiendo a toda la cristiandad en un ataque de pánico que se prolongó hasta que la abandonaron al año siguiente.

Aparte de la debilidad bizantina, las causas del éxito de la expansión otomana se debían a una monarquía fuertemente centralizada, teocrática y autocrática, que aprendió a eliminar, en buena medida, las disputas sucesorias. Ello fue posible, ante todo, porque el sultán no tenía esposa legítima, y elegía a su sucesor entre los numerosos hijos que había tenido con las esclavas de su harén. Esto hacía más fácil la inmediata sucesión de padre a hijo y además debilitaba los lazos familiares que pudiesen existir entre el sultán y sus odaliscas (las esclavas del serrallo) y entre los hermanastros. Pero las guerras entre hermanos aspirantes al trono, que a pesar de todo estallaron a la muerte de Bayaceto I, hicieron que Mehmet II estableciese la costumbre de eliminar, generalmente estrangulándolos, a todos los hermanos o parientes que pudiesen representar un obstáculo en la sucesión dinástica. De igual forma, como el sultán era también cabeza del islam en el Imperio otomano, cualquier disidencia religiosa promovida por derviches, santones o chiitas (los turcos siempre pertenecieron a la rama sunita del islam) era exterminada junto con sus seguidores.

Los otomanos de finales del siglo xv ya controlaban casi todos los Balcanes, avanzaban hacia el centro de Europa y se lanzaban a la conquista de los archipiélagos del Egeo y de las costas de toda Asia Menor, el Mar Negro, el Adriático y el norte de África. A principios del siguiente siglo su poder se fue extendiendo por toda la costa africana y los pequeños reinos nativos de la región fueron sometándose progresivamente al vasallaje de Estambul o, si querían mantener su independencia, jugar con alianzas oscilantes entre ellos y España. Desde la actual Libia hasta Marruecos, el territorio estaba fragmentado en pequeños reinos musulmanes como Tremecén, Túnez, Trípoli, Fez, etcétera. que, a su vez, debían hacer frente a tensiones territoriales

propias. Antes de la llegada de los turcos se podía pactar con estos reinos, o vencerles, o establecer alianzas ventajosas debido a su escaso poder. Pero con la irrupción de los turcos en el Mediterráneo central y occidental como poder hegemónico que puso bajo su protección a todos estos pequeños reinos, la correlación de fuerzas cambió ostensiblemente. A partir de 1517, cuando la Sublime Puerta controló el Egipto de los mamelucos, España ya no se enfrentaría a grupos de árabes, moriscos o piratas berberiscos más o menos desorganizados o independientes. Había entrado en escena el poderoso Imperio otomano, que aglutinó bajo su autoridad a todos los reinos de Berbería.

Desde entonces, la flota otomana adoptaría la tradición de zarpar en primavera, desde sus bases de Estambul, rumbo al oeste del Mediterráneo a guerrear, asaltar y asolar todo objetivo cristiano que se encontrase en su camino, ya estuviera en tierra o mar. Sabía que podía hacer escala, repostar, reclutar hombres y descargar el botín en los puertos del norte de África que ahora estaban cada vez más bajo su control. Curiosamente, la fecha de partida era siempre el 23 de abril, día de San Jorge (Giorgos), para acogerse a los buenos auspicios del santo griego por antonomasia y que reflejaba el sincretismo religioso que impregnaba la sociedad otomana de la época. Gran parte de los marineros, remeros y tripulantes eran cristianos griegos ortodoxos y muchos turcos musulmanes también asociaban a san Jorge con el santo musulmán al-Khidr («el hombre verde»), relacionado con la fértil primavera y que era venerado el mismo día. Tras la campaña de verano, que suponía asaltos, saqueos y toda suerte de matanzas contra objetivos cristianos, la fecha elegida para volver a sus bases turcas y recomponerse para el año siguiente era el 26 de octubre, fiesta de San Demetrio, que para los turcos era el día que separaba el verano del invierno. Desde ese momento hasta el 23 de abril de cada año, el clima mediterráneo con sus tormentas y corrientes no era propicio para la navegación y menos para grandes travesías, algo muy evidente para las limitadas naves que surcaban el mar por entonces.

Por su parte, el control de las vías marítimas era esencial para España. La conexión con sus posesiones italianas, el aporte de tropas, de

recursos, solo se podía hacer por mar dado el estado de guerra casi permanente entre Francia y España. En el siglo el xvi, en el que, por otra parte, el comercio era un eje económico cada vez más decisivo, sabotearlo era una eficazísima arma, por lo que los turcos y sus aliados berberiscos iban a echar toda la carne en el asador para impedirlo y, de paso, extraer pingües beneficios. Ambas potencias estaban condenadas a chocar; los otomanos y los piratas en acciones más ofensivas, y España y sus aliados italianos en otras de carácter más defensivo o preventivo. Aparte, aunque superpuesto, estaba el interés español de hacerse con el control del norte de África, de establecer allí los presidios con una fuerte guarnición militar que le asegurase el control de sus costas y el bloqueo de las acciones piratas; luego, si era posible, el objetivo añadido sería someter a vasallaje a los reinos musulmanes donde se encontraban estos presidios.

Como toda guerra, la confrontación iba a ir acompañada y justificada por la profunda animosidad que suponía el choque entre dos religiones que llevaban siglos combatiendo. Esto supuso mantener vivo el espíritu de cruzada (y de guerra santa en el bando turco y berberisco), que servían para mantener en las masas el encendido fervor guerrero que habría de costar millones de vidas durante estos siglos. Lo cierto es que para los millones de combatientes de ambos bandos que lucharon denodadamente durante esos tres siglos, el motivo fundamental de las guerras era simplemente la defensa contra el expolio que ejercía el enemigo y, por supuesto, la religión. Porque por más que existiesen y fuesen evidentes para las elites, a las masas combatientes se les escapaban absolutamente los motivos políticos y económicos que constituían el trasfondo del conflicto. Hay que recordar que los saqueos, capturas de esclavos y las mismas masacres se justificaban sencillamente por las diferencias religiosas. La guerra era contra el infiel, en nombre de Dios o Alá, con el más allá como recompensa de una muerte gloriosa, y en nombre de la santa causa todo quedaba justificado. Como luego veremos, aparte de las armas, fueron también elementos importantes de esta contienda global el espionaje, los sobornos y las acciones de agentes al servicio de los distintos intereses en juego.

En medio de ambas potencias hegemónicas, España y los otomanos, quedaban las decenas de ciudades estado italianas, entre las que tenía un papel especial la República Serenísima de Venecia, así como los territorios del papado, que porfiaban entre sí por imponer su hegemonía en el comercio y en la política italiana y, al tiempo, trataban de librarse de las aspiraciones hegemónicas de España, Francia, de Roma o de las ciudades italianas más poderosas. Sus intereses estaban centrados en mantener sus beneficios mercantiles, siempre en competencia, estando su expansionismo limitado a la península italiana, pero compitiendo por el control de las rutas comerciales, algunas islas y puertos. Venecia y Génova eran las ciudades italianas más importantes que competían por las rutas comerciales y por una política de alianzas que les diese prevalencia. Y por supuesto Roma, con el papa, que siempre trataba de estar en el centro del tablero del juego político, aprovechando su poder espiritual para asegurarse también una posición hegemónica en lo político y en lo material.

Francia, la otra protagonista geográfica, aún estaba restañándose las heridas de la Guerra de los Cien años contra Inglaterra y había llegado tarde a la carrera por dominar el Mediterráneo occidental. Aunque trataba de influir en lo posible en la política italiana con tal de disputar la influencia a Aragón y al Imperio germánico, fracasó en sus intentos. Además, era ajena al enfrentamiento con el mundo musulmán (el recuerdo de las cruzadas era lejano) y sufría mucho menos el castigo de los asaltos piratas que las costas españolas e italianas. Y, por si fuera poco, pronto comprendería los beneficios que le reportarían en sus constantes guerras contra España una alianza con los turcos, sin importarle que ello fuese visto como una herejía; más sagrados eran sus intereses de estado.

Definitivamente, serían España, como heredera de Aragón y en menor medida de Castilla, y el Imperio otomano, los que iban a constituirse como los dos grandes polos opuestos de la disputa por el control del Mediterráneo y sus costas. Las ciudades italianas, Francia y, en menor medida, Roma, iban a tener un papel secundario y menos definido en la contienda global, en función de sus intereses particulares como estado.